

DESDE EL OASIS  
DE MARRAKECH

# La dama del desierto

TEXTO: Rafael Chirbes  
FOTOS: Germán Gallego

Los habitantes del Sahara han codiciado durante siglos su **fértil tierra de color rojo**, sus estanques, sus bosques de palmeras y sus jardines. Los europeos añoran ese **paisaje misterioso** donde el sol del desierto atenúa su energía con la brisa que llega del cercano Atlas. **Ciudad refinada y sensual**, en Marrakech el corazón de Africa se encuentra con el Mediterráneo.

**D**esde la terraza del café du Glacier, los viajeros -que habían conseguido sentarse ante una mesa privilegiada, junto a la barandilla- contemplaban, cercados por decenas de turistas, la Plaza de Djemaa-el-Fna, cuya animación iba en aumento a medida que se adelgazaban las sombras sobre el asfalto y se volvía más dorada la luz de la tarde. Los viajeros habían cruzado por la plaza muchas veces durante aquellos días, ya que se hospedaban en un hotelito situado en la medina a pocos pasos de allí. La habían visto solitaria y dormida por la noche, ya tarde, cuando se levantaba la brisa procedente de las laderas nevadas



del Atlas y el frío los obligaba a abrocharse los botones de la cazadora.

A esas horas, entre las sombras podía distinguirse la silueta de algunos cuerpos que dormían junto a los portales de los cafés cerrados o ante los tenderetes, y el silencio se rompía con la música lejana de algún transistor que emitía una canción de Fairuz, una voz de miel que acunaba el silencio más que romperlo.

También habían visto los viajeros cómo se desperezaba la plaza, cuando el sol todavía le daba de lado, y aún había algunos cafés con los cielos echados y alguien arrojaba un cubo de agua después de barrer el espacio de delante de su local. Y cómo, a medida que la luz ascendía hasta convertirse en cegadora, dejando, por su fuerza, el paisaje convirti-

do en una especie de foto quemada en blanco y negro, Djemaa-el-Fna se iba llenando de gente que ocupaba su parcela siguiendo unas reglas de tiempo y espacio que sólo la experiencia, la observación y la historia podrían explicarles a los viajeros.

Escribanos solitarios que, separados varios metros los unos de los otros, se sentaban en el suelo a la espera de sus clientes y se protegían del sol cada uno agachado bajo su paraguas, por lo que su presencia en la plaza hacía pensar en alguna monstruosa floración de hongos, o en una colonia de extrañas tortugas de negros caparazones; dentistas que mostraban sobre un recipiente situado ante ellos la cosecha de dientes de extracciones; miles de incisivos, molares y caninos de todos

La silueta de la vieja ciudad del oasis se dibuja en el horizonte entre palmeras y olivos prolongando en sus muros el color rojizo de la tierra del desierto.



La tierra rojiza de Marrakech, de un tono asalmonado, prolonga y levanta el color del suelo en muros y tapias, confiriéndole a la ciudad entera una armonía difícil de describir.



los tamaños; médicos y brujos que ofrecían sus preparaciones de hierbas, sus pocimas capaces de curar el mal de hígado tanto como el de amor, el del sexo, o el de los celos; encantadores de serpientes que dejaban caer sobre los hombros de algún turista uno de aquellos sigilosos animales y luego alargaban la mano para pedirle algunos diranes por la fotografía que los rubios compañeros de excursión acababan de obtener de su amigo, que miraba con un ojo hacia la cámara y con el otro hacia el reptil; bailarines gnaoua (su nombre viene del remoto y antiguo imperio de Ghana que se extendió por el corazón de África), que bailaban haciendo girar la cabeza y, de ese modo, conseguían mover de manera circular la borla del fez, que así es como se llama el pequeño gorro cilíndrico que tantos marroquíes usan (algún turista se ponía el fez y daba torpes cabezazos intentando en vano imitar a los gnaouas).

También había en la plaza contadores de historias lejanas y maravillosas, o cercanas y cómicas, a veces de un desvergonzado contenido sexual, otras escatológicas. En torno a

ellos se abría permanentemente un corro o halca de niños curiosos encandilados o temerosos, campesinos que se reían divertidos, pícaros que buscaban algo y lanzaban disimuladas ojeadas en ciertas direcciones, o simples mirones que llenaban con cuentos el aburrimiento del día; lanzadores de llamas, pedigüños, vendedores de cualquier cosa; vehículos de cualquier tipo: amarillentos taxis, bicicletas, motocicletas, carritos de mano imaginativa o descabelladamente diseñados, animales de carga. Del lado del sur, decenas de coloridos puestos en los que se amontonaban las naranjas. Y en las edificaciones cercanas, terrazas de cafés en las que dejaban pasar el tiempo los curiosos sentados ante un vaso de té con hierbabuena o ajerjo.

La animación en la plaza crece a medida que discurren las horas del día y alcanza su punto culminante al atardecer, cuando a ese inmenso escenario a cada instante más repleto de gente se mezclan los grupos que circulan entre las decenas de restaurantes portátiles, en cuyas ollas borbotan las populares sopas de tomate, carne y legumbres bien picantes y especiadas con coriandro (hariras), en cuyas parrillas se asan, elevando al cielo enormes humaredas, las brochetas de carne (los kefta), las de vísceras (los kebda), o las pequeñas y perfumadas salchichas a las que llaman merguez. Allí, a la vista de los comensales y curiosos, se exponen pescados fritos y en adobo, pollos asados, alcuzcues, recipientes con aceitunas de color negro o enrojadas por el pimentón, bandejas de encurtidos, cabezas de cordero cocidas que miran desoladas al cielo.

Para entonces ya se han encendido los faroles de butano en los distintos puestos y lo que, al atardecer, fue una explosión de color, ahora se convierte en un espacio de luces cam-





biantes. Familias enteras o gentes solitarias se sientan en los bancos que rodean los puestos y comen inclinando la cabeza sobre los platos, cumpliendo con el ritual más antiguo del hombre. Huele a especias, a grasa quemada, a carbón. Y todo les habla a los viajeros de cómo prosigue gozosa la ceremonia de la vida que, aquí, en Djemaa-el-Fna, como en algunos pocos lugares del mundo, alcanza la densidad de las metáforas.

A Canetti, en el libro que escribió sobre la ciudad, de entre los rituales de vida de esta plaza, lo conmovió el de la elección del pan. Las mujeres que ofrecían sus hogazas recién hechas y las acariciaban, mostrándolas al tiempo a los posibles clientes. Le fascinó la desnudez de unos panes que tocaban las manos de aquellas mujeres de las que "nada, excepto los ojos, quedaba al descubierto". Juan Goytisolo habló de Djemaa-el-Fna como de una página en blanco, o como un palimpsesto: una "caligrafía que diariamente se borra y retraza".

Entre los rebaños de turistas que curiosean, fotografían y comentan el cambiante espectáculo que ofrece a todas horas esta plaza, las venas de la vida siguen su curso. Los escribanos redactan cartas de amor, o en las que se comunica el nacimiento de alguien en la familia, o su defunción. Los dentistas siguen empuñando sus tenazas para arrancar las muelas. Los niños miran con deseo los dulces pegajosos de miel que muestran en algunos puestos, y Marrakech continúa siendo esa capital del sur que concentra el comercio de los oasis, mostrando que, a pesar de los hoteles de lujo, de los vuelos charter en los que desembarcan millares de turistas de todo el mundo, no ha perdido aún su primitiva función.

Djemaa-el-Fna, según algunos cronistas marrakechís, quiere decir "la reunión de los muertos", y la



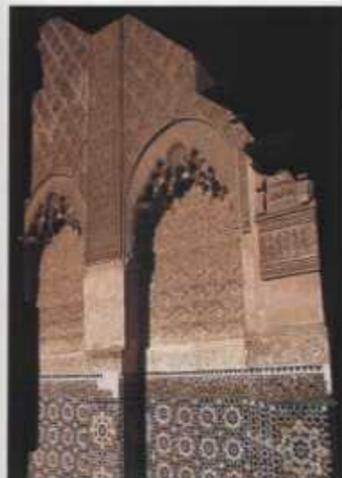
plaza habría tomado ese nombre por ser el lugar en el que se ejecutaba a los condenados, cuyos cuerpos permanecían luego allí, en pública exhibición: una costumbre brutal y cercana que aún recuerdan entre nosotros los rollos de piedra que se levantan en muchas ciudades. Ismael Kadaré la ha contado, refiriéndose a Estambul en su extraordinario libro "El nicho de la vergüenza". Ya debía ser por entonces un lugar de comercio, un mercado, función ésta que ha definido durante siglos a toda la ciudad de Marrakech.

A los viajeros, años atrás, les fascinó la belleza de este oasis deslumbrante, su palmeral, la silueta de sus olivos, el perfume de azahar que se mezcla con el de las actividades artesanas -fétido en las tenerías de Bab Debagh, aromático en las especierías de las cercanías de Bab Samarin-, la tierra rojiza, de un tono asalmonado, que prolonga y levanta el color del suelo en muros y tapias, confiriéndole a la ciudad entera esa armonía difícil de describir y que es la que produce ese color único que se repite en la superficie de los campos, y en todas las construcciones, y que, a la vez, se altera, quebrándose en la infinidad de matices que el paso y las inclemencias del tiempo han marcado en cada una de sus construcciones.

Fascinó a los viajeros entonces el murallón imponente y nevado del Atlas levantándose por encima de los penachos de las palmeras y creando, con su presencia, ese paisaje contradictorio, que tiene su reflejo en el propio clima de la ciudad: el sol de



Aún puede advertirse en la medina la distribución de los distintos barrios por gremios y la correspondiente especialización en los comercios de cada uno de esos barrios.





La plaza de Djemaa-el-Fna ha sido definida como una página en blanco sobre la que cada día se escribe un texto distinto, pero sometido a rigurosos códigos.

porqué de las cosas. Una lectura en la que se preguntan las razones de cada pieza del mosaico que compone Marrakech.

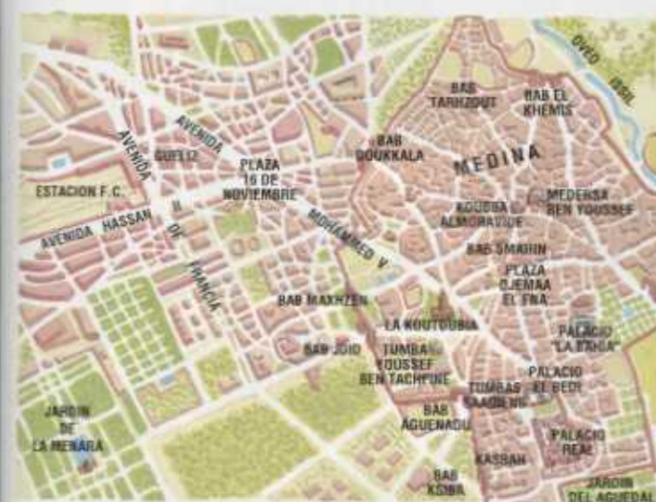
Dice la leyenda que el palmeral de Marrakech nació de las semillas de dátiles que dejaron caer al suelo los nómadas almorávides, mezcla de pastores, de depredadores y guerreros que, en el siglo XI, abandonaron el desierto en busca de mejores tierras, acaudillados por Abu Bekr. También dice esa leyenda que llevaban la cabeza y la parte inferior del rostro velados y que eran tan orgullosos que, a los otros hombres -a los que no pertenecían a la tribu de los sanadjas, que era la suya, ni llevaban velo ante la boca-, los llamaban papamoscas.

Lo cierto es que, desde entonces, y con mayor o menor prestigio o for-

tuna, con almorávides, almohades, saadianos o alauitas (las diversas tribus, o dinastías que han dominado la ciudad), Marrakech ha sido siempre una especie de gran dama, tendida a las puertas del desierto, y deseada por los nómadas que la han mirado con codicia: su verdor de oasis, mantenido gracias a un complejo sistema de pozos en escalera, o khetaras; su opulencia de gran centro distribuidor de mercancías.

En Marrakech han terminado su ruta las caravanas que partían del Sudán, del corazón de África, y traían con ellas el oro, las especias, los esclavos, las pieles de animales exóticos, las plumas de avestruz, el azúcar. Un hilo invisible y permanentemente renovado unía a Marrakech con la otra gran codiciada, la lejana Tom-

buctú, que servía de escala a las caravanas que llegaban desde un sur remoto y por entonces todavía innombrado; de igual manera que Marrakech servía de escala a los productos que llegaban desde el Mediterráneo y desde el centro y norte de Europa, el remotísimo Bled-el-telch o país de las nieves, donde según decían quienes habían hablado con gente que provenía de aquellos lugares, la tierra era de un color ceniciento y el cielo se cubría durante meses enteros con unas nubes que no dejaban ver el sol y hacía frío y todo estaba húmedo. En la construcción de los palacios y mezquitas de Marrakech se utilizó como material el mármol de Carrara, que los comerciantes genoveses vendían a cambio del preciado y carísimo azúcar. Aún pue-



den ver los viajeros los restos de ese comercio, si se asoman a los funduks de la medina, donde conviven los hombres, los animales de carga y las mercancías; y donde la vida de repente se convierte en una precisa ilustración de la Edad Media. Comerciantes beréberes, con su cargamento de tapices, diseñados con vivos dibujos geométricos, discuten todavía hoy entre ellos enfrente a Rahab-el-Kadima, cerca del mercado de las especias, que antes lo fue de cereales. Los comerciantes que proceden del sur del Atlas, de los paradisíacos valles encajados en la desolación del desierto, los que vienen de Tineghir o Uarzazate, venden frutos secos, dátiles, cacahuetes.

Le cuesta al tiempo borrar las huellas que los hombres van dejan-

do. Hay cosas que permanecen bajo la agitación más superficial; que caminan a un paso más lento, y están ahí, latentes, sin que nadie parezca advertirlas; cosas que vigilan el subconsciente de los pueblos, a veces sin que ellos lo sepan demasiado bien. En Marrakech siguen llamando a muchos comerciantes Ahl-el-Fes, es decir, "gente de la ciudad de Fez" porque quienes controlaron las rutas del norte fueron, con frecuencia, los agentes de esa otra ciudad que ha rivalizado siempre con ella por hacerse con el control político, religioso y comercial del Magreb. De allí, de Fez, eran quienes traían las lanas de Manchester, o las porcelanas de Sèvres, el cobre y el latón, o el vidrio que se fabricaba en las más avanzadas fábricas europeas. Dicen que

ellos fueron quienes, a partir del uso de esos utensilios que importaban, impusieron la ceremonia del té, la berrá o tetera, la bandeja, los vasos.

Fez y Marrakech. Resulta apasionante compararlas. Ni siquiera los rostros que cruzan por sus calles son iguales. Marrakech muestra las huellas del mestizaje: gente de pieles relucientes y oscuras, mientras que los fasis tienen una palidez aceitunada, de descendientes de Al Andalus. Fez es húmeda; sus construcciones son de un color pardo y el laberinto de su medina posee una monotonía de grises que se oscurecen a medida que las paredes ocultan la luz del sol, que apenas si consigue penetrar en sus callejones. Por el contrario, Marrakech es seca y luminosa. Y aún hoy la ciudad nueva se abre paso, esquiva o invade deslumbrantes jardines de palmeras, olivos y naranjos que plantaron reyes que se enamoraron de ella. El jardín de La Menara, con su imponente estanque; a la vez ornato y depósito de ese bien tan preciado que es el agua; el jardín del Aghedal. En Marrakech, huele a azahar y a excrementos animales. Y las buganvillas de violentos tonos rojizos saltan sobre las tapias. Dicen que esta ciudad le ha dado el nombre al país entero del que forma parte. Y así, Marruecos no sería más que una mala pronunciación de la palabra Marrakech, que en árabe se dice Marrakus.

El complicado palimpsesto marraquí exige volver atrás continuamente para reconstruir el por qué de cada una de las piezas de este rompecabezas. Aún hoy puede leerse la distribución de los distintos barrios por gremios, y, debido a eso, la especialización del comercio de cada uno de esos barrios. Herreros, alfayates, curtidores, tundidores, orfebres, carpinteros. Ruidos y olores característicos van apareciendo y desapareciendo mientras los viajeros se pasean por el interior de la medina. Ahora huele a cuero reciente, ahora a cuero ya curado, a pino, a cedro, a ras-el-hanut -si estamos cerca del mercado de las especias-; ahora se oye el golpe fuerte de los herreros; o el mortecino de los artesanos que labran las bandejas de cobre. La ciudad tiene algo de ordenado archivo, un orden secreto que corrige la inicial percepción del caos, esa ebriedad de la que hablábamos que se apodera de quien aún no ha convivido con ella. La fascinación cambia de lugar y el conocimiento hace que sea otro el rincón desde el que los viajeros miran la ciudad. Y así, de la boquiabierta percepción de lo leja-



## Agenda

### CÓMO LLEGAR

Marrakech cuenta con un aeropuerto que, además de servir a las compañías aéreas convencionales, recibe numerosos vuelos charter. También se puede llegar utilizando el ferrocarril, o en autobús.

### QUÉ VISITAR

Además de dejarse seducir por la permanente y cambiante animación de Djemaa-el-Fnaa, que alcanza su cumbre al atardecer, con sus bailarines, sus contadores de cuentos, encantadores de serpientes, escribanos, y sus populares cocinas y restaurantes de quita y pon, hay que contemplar el bello alminar de la Kutubia, hacer la ronda de las murallas, cogiendo una calesa. Es muy hermoso el

atardecer, con el sol incendiando los rojizos muros y las palmeras, y destacando el perfil del Atlas cubierto de nieve. Y conviene detenerse para contemplar algunas puertas especialmente hermosas, como Bab Aguenau. Es obligatorio acercarse al jardín de La Menara, con su bello estanque. Visitar las tumbas saadianas, la madrasa de Ben Youssef, la Caba almorávide de Ba Adiyin, o el elegante palacio Bahia, que fuera residencia del culto y cruel mariscal francés Lyauté. No conviene irse de la ciudad sin recorrer las nuevas y elegantes avenidas, el barrio de Guéliz, y pasear por el palmeral, donde muchos personajes de la jet set internacional poseen lujosas mansiones entre jardines, para hacerse una idea de la complejidad de Marrakech.

### DISTRACCIONES

Marrakech cuenta con clubs de golf, ecuestres, piscinas, clubs de tenis, motos o automóviles, así como con casinos, discotecas y lugares en los que el viajero puede plantearse cuantas dudas le vengan en gana acerca de sus pulsiones más íntimas.

### PASEAR Y COMPRAR

Toda la medina marraquí es un inmenso mercado en el que el viajero puede regatear, discutir, dejarse invitar a té o abrazar cuantas veces quiera. Aunque la primera sensación pueda parecerle caótica, las tiendas están situadas siguiendo criterios gremiales (hablaremos de ello cuando lleguemos a Fez). Si se entra por Bab Samarine, en Djemaa-el-Fna, enseguida se encontrará con el mercado de las especias y, luego, con el Suk-al-atarin donde venden desde bujías para ponerle ofrendas a los santos, hasta platos de cobre, perfumes, tejidos e hilos, babuchas y un largo etcétera. Hay barrios en los que se suceden los talleres y se vende a mayoristas. Así, en Suk Larzal se venden las legumbres, en Suk-el-Maazi las pieles de cabra y en Suk-el-Batana las de cordero; unas y otras serán coloreadas en las tannerías de Bab Debbagh. Los

En los pequeños tenderetes de la plaza, al caer la noche podemos degustar una succulenta cocina popular: hariras, keftas y kebdas, ensaladas de legumbres, alcuzcuz...

comerciantes de Suk-Djeld venden las pieles tundidas; en la Taiaa, o cuesta, el cuero, los cintos y demás complementos hechos con ese material; las chaquetas y ropa de cuero se venden en Suk Cherratin. En Hadadin, se trabaja el hierro, es un barrio de forjadores; en Suk-al-Gasul se comercia el esparto. En Suk-al-kebir, están los joyeros y en Suk Zrabia los vendedores de tapices. Si usted va para pocos días, no dude en dejarse acompañar por un guía cualificado que lo

transporte a ese fascinante mundo del artesanado marroquí que sigue siendo la medina. En Guéliz, el barrio moderno, hay lujosas tiendas de antigüedades y joyas y un par de buenas librerías: ACR y Chartz.

### DÓNDE DORMIR

La dotación hotelera de Marrakech es la mejor de Marruecos. Y oscila entre los lujosos hoteles de cinco estrellas, y los viejos funduks -o fondas de la medina- en las que, además de los comerciantes pobres, se albergan los animales de carga y se guarda el género que llega desde las poblaciones del Atlas o desde el desierto. Estos funduks reproducen exactamente los albergues de la Edad Media.

Entre los hoteles de lujo reina indiscutida La Mamounia, y destacan Es-Saadi, también rodeado de jardines y con todo tipo de instalaciones, incluidos el casino y el golf, el Imperial Borj, de aspecto entre árabe y postmoderno de Miami, Al Andalus, Sheraton, Tichka, o Les Idrisides, entre otros. El Club Méditerranée cuenta con magníficas instalaciones junto a la plaza de Djemaa-el-Fna. Otras "villas de vacaciones" son Issil, Palmariva o Sangho. La mayoría de estos albergues elegantes se encuentran en el moderno barrio de Guéliz, y poseen un estilo muy "cosmopolita sensualidad de Marrakech". Pero hay también hoteles en la medina, para quienes gusten de

no, de lo exótico, con la que se empeñan en colonizarlos los folletos turísticos, se pasa a lo próximo, a lo que participa de la propia historia de los viajeros, a lo que les resulta común; a esa diferencia que sólo se establece de un modo gradual en un doble juego de propio y ajeno.

El camino lo puede trazar una línea de alminares. El hermosísimo de la mezquita de la Kutubia, con sus delicados bordados en piedra de color rosa, obra del almohade Yacub-al-Mansur, sirvió de modelo a la Giralda de Sevilla, que a su vez inspiró la soberbia, deslumbrante y, por desgracia inacabada, Torre Hassan de Rabat. Lazos de continuidad. También en los sistemas hidráulicos que permiten el crecimiento del palmeral de Marrakech con los que riegan el de Elche. Uno sólo penetra en la diferencia cuando descubre las identidades. Y Marrakech ha sido mitad de una ruta que, hace siglos, empezaba en el puerto de Génova y terminaba en esa soñada Tombuctú de la que ya hemos hablado. Es un reborde deslumbrante del Mediterráneo. El esplendor previo a la desnudez del desierto. Una noche mágica antes de que se inicie el largo ramadán del Sáhara. Si no



# ¿Cómo conservar toda la Sabiduría Gastronómica?

## Nuevas tapas SOBREMESA '97

Una revista para guardar

Ponemos a su disposición las cubiertas para encuadernar los 11 números de Sobremesa correspondientes al año 1997 y también las de 1996.

Dichas tapas vienen acompañadas de índice temático de autores.

Remita el presente boletín de pedido o solicítelas mediante llamada telefónica a: Revista Sobremesa, tel. (91) 536 06 06

Deseo recibir las cubiertas de SOBREMESA, año 1997  1996  al precio de 900 ptas. cada una.

Forma de pago:  Adjunto talón  contra reembolso

Nombre: \_\_\_\_\_

Domicilio: \_\_\_\_\_ C.P. \_\_\_\_\_

Localidad: \_\_\_\_\_ Tel. \_\_\_\_\_

Provincia: \_\_\_\_\_

**IMPORTANTE:** Si Ud. es socio de VINOSELECCION, indique su código

El cobro se efectuará por recibo

Enviar a Ediciones de Gastronomía, S.A. Conde de la Cigera, 4, 28040 MADRID  
e-mail: ediciones.gastronomia@mad.servicom.es



## LA MAMOUNIA. UN CLASICO

Situado en el centro de la ciudad, a un paso de la Kutubia, y construido a principios de siglo en un refinado estilo hispanomorisco, el Hotel La Mamounia ha sido el signo del lujo marrakechi, con sus enormes y bien cuidados jardines en los que crecen palmeras, naranjos y olivos. Lugar de estancia de la jet internacional, ha acogido a modistos como Yves Saint Laurent, actrices como Liz Taylor o escritores como Elías Canetti, además de a millonarios de todo el mundo y a diversas cabezas coronadas. Más que un hotel, es un monumento.



un contacto más real con la ciudad: Ali, en rue Moulay Ismail, Foucauld, Gallia o Souria (estos dos últimos en rue de la recette) son algunos de esos hoteles. Los viajeros se hospedaron en su reciente visita en el Sheherezade, en Riad Zitoun El Kedim, también situado en el interior de la medina, a un paso de Djemaa-el-Fna. Se trata de un hotelito tranquilo y familiar, con un servicio respetuoso y tremendamente amable.

## DÓNDE COMER

La restauración pública de Marrakech es la más refinada de Marruecos. La preside el muy elegante Yacout, una joya de diseño, donde es difícil encontrar sitio para comer, ya que suelen estar reservadas la mayoría de las plazas con mucha anticipación, cuando no se cierra para celebrar fiestas privadas. Está en la medina. Los viajeros comieron extraordinariamente bien en Al Fassia, una rigurosa y bien elaborada cocina burguesa al estilo de Fez, con un servicio esmerado. También son buenos Dar Amounia y Diafa, este último ofrece un espectáculo de danza del vientre y gnaouas para turistas, que puede hacerse un poco pesado.

Pero son muchos los lugares elegantes: Dar Marjana, Kasbah La Rotonda, Styfia, o Le Tobsil, que es un hermoso palacio situado en la medina, son algunos de estos lugares. Pero, en Marrakech, conviene no perder de vista la

cocina más popular. Acercarse a alguno de los hornos en los que asan -como nadie en el mundo- corderos y en los que uno puede comprar un pedazo y llevárselo al café de al lado para comérselo con un té. O sentarse en alguno de los humeantes restaurantes que cada tarde se instalan en Djemaa-el-Fnaa, y que ofrecen deliciosas hariras, sesos, peces adobados, kefta y kebda, merquez, ensaladas de garbanzos o lentejas, cabezas de cordero, o alcuzcuz. La gente suele ser muy amable y eficiente y con frecuencia las preparaciones son deliciosas (pesas magníficas e inolvidables sopas llamadas hariras, que incluyen garbanzos, lentejas, tomate, picante y cilantro: hablaremos de ellas pronto!). Como aviso para navegantes, contarles que, en Al Baraka, un restaurante lujoso situado en Djemaa-el-Fna les sirvieron a los viajeros un obligatorio, desmesurado y carísimo menú, que resultó haber sido cocinado con varios días de anticipación. Al maître le resbalalaron ampliamente las protestas de los comensales. O sea, que es un sitio que se dedica a atracar a los turistas sin el menor escrúpulo. Ojo, porque está tan a mano.

En Guéliz, el moderno ensanche, hay buenas pastelerías -El Baadi, Hilton, Chez Mirgon- y heladerías como Boule de Neige, Oliveri, Verdi o Le Glacier de Marrakech. Entre los cafés, Les Négociants, Café de France, Sindibad o el célebre La Renaissance, frecuentado por intelectuales, y con hermosa terraza.

resultara impúdico y casi ofensivo para quienes tiene otros códigos, otra forma de escribir y otra manera de nombrar a Dios, diríamos que tiene algo del Don Carnal, que aquí posee la densidad dulce de los dátiles, y que precede a la interminable cuaresma de arena que se abre del otro lado del Atlas.

Resulta fascinante recorrer las gigantescas murallas a la caída de la tarde. Ver la luz del sol encendiendo el rojo de su adobe, y las multitudes que se hacinan ante las puertas. La sucesión de corros en los que se toma té o se juega a las cartas, o sencillamente se habla. Los mercadillos. Los barrios pobres que quedan del otro lado del miserable río. Las humeantes cocinillas, los tenderetes en los que se expone cualquier cosa que el hombre pueda convertir en útil. Bab Agnaou, Bab Jedid (la puerta nueva), Bab-el-Khemis (la puerta del jueves), Bab Debagh, Bab Ahmar. Es como si la ciudad intramuros no pudiera contener la vitalidad de su población y ésta se le escapara por las heridas de las puertas. Detrás, ese crucigrama de barro, el laberinto de callejones que no ofrece sólo la excitación infantil de intuir que uno puede perderse, sino también la yuxtaposición de códigos de un montón de culturas que aquí se han encontrado, y mezclados, hasta formar una aleación que no puede descomponerse, un soberbio mestizaje: madrasas o escuelas coránicas, zaouias o cofradías, sectas, mezquitas, tumbas de santos, lujosos palacios y fuentes que la vanidad, el orgullo o la autosatisfacción de los hombres levantaron. Formas arquitectónicas que expresan tanto la necesidad como sus sueños y pesadillas.

En 1917, un rutinario vuelo descubrió encerrados entre los muros del patio clausurado de una mezquita unas edificaciones que no constaban en ningún catálogo de la ciudad. Se procedió a abrir un hueco en el muro y se descubrieron una serie de edificios que habían permanecido ocultos durante cinco siglos: eran las tumbas saadianas que un sultán integrista, con otro concepto de la religión islámica, debería -según sus propios criterios- haber destruido, pero que, fascinado por su belleza, decidió ocultar a la vista de sus súbditos. Hoy son el monumento más soberbio y celebrado de Marrakech. A lo mejor acordarse de esa ocultación secular es la mejor manera de presentir el misterio que Marrakech, la vieja y bella dama del desierto, parece prometerles a los viajeros. ■